

Necesidades, sí; deseos, un poco menos

La psicoanalista francesa Françoise Dolto ha pronunciado una conferencia en Grenoble sobre el tema «Importancia de las palabras dichas a los niños». De ella extractamos los aspectos que se refieren al polémico tema de la prohibición o apertura hacia «los deseos» que reclaman los niños. No se pueden —según ella— confundir con las «necesidades». «Los deseos hay que aplazarlos para que no pierdan su fuerza dinámica».

● La necesidad es repetición/ el deseo, novedad

En educación, deberíamos preocuparnos por satisfacer lo mejor posible las necesidades del niño, pero tan sólo un mínimo de sus deseos: no se debe conceder todo al momento, sino abrir el deseo hacia un horizonte, hacia un circuito amplio, hacia el trabajo que hay que realizar sobre uno mismo, que llevará al niño a satisfacerse en su dirección propia. Si le concedemos al momento lo que pide, es como si le dijésemos: «Sacia tu deseo, tú solo, al momento. Y cállate, no hablemos más de ello». Así como una moneda tiene cara y cruz, así nosotros estamos divididos entre lo vario y lo invariable. Estamos al servicio de las necesidades de nuestro cuerpo para conservarlo tal como es, en lo invariable; pero el cuerpo crece, y envejece hasta morir, y aquí ya nos encontramos en el dominio de lo variable.

Las funciones del cuerpo, respiración y latidos del corazón, son repetitivas, dependen de las necesidades y de lo que muere; es decir, de la costumbre, y aquí el deseo está ausente. Nos encontramos atrapados constantemente entre esos impulsos de muerte, muerte del sujeto deseante, gracias a los cuales, sin embargo, vivimos sin sospecharlo, especialmente en el sueño profundo, donde reparamos las fatigas del deseo. De otra parte, vivimos de impulsos de vida, que nos empujan al descubrimiento de lo nuevo, de lo no conocido todavía, para llenar ese sentimiento de falta de ser, de tener, de conocer, que nos domina. La necesidad es repetición, el deseo es búsqueda de novedad.

La educación debe tratar de mantener el deseo hacia lo nuevo, incentivándolo, pero aclarando lo imposible de la satisfacción. No se deben satisfacer los deseos; pues, una vez logrado esto, convertidos los deseos en hábitos, se transforman en necesidades. Entonces será necesario buscar lo nuevo en otra parte.

● No des el bombón ¡dibújalo!

Dejemos que el niño hable de sus deseos, justifiquémoslos, incluso si se los negamos en nombre de la realidad. Al entrar en comunicación con él a propósito de lo que desea, se le abre el mundo: un mundo de representación, de lenguaje, de vocabulario y de promesas de placer. Una vez que tiene su bombón —o peor aún, su chicle— los padres tal vez queden en paz; pero el niño ya no habla, no observa nada, sino que está centrado en su tubo digestivo. Su deseo se ha colocado al nivel de su necesidad, ya que sus padres lo han satisfecho, sin duda porque se sentirían angustiados si no lo hicieran... Resultado: este niño queda obligado a buscar nuevos deseos, de un modo incoherente, sin entrar en el lenguaje. El niño no tiene necesidad de bombones. Pide uno para que se ocupen de él, para que le hablen. Si se le dice: «¿Cómo quieres que sea ese bombón?, ¿rojo?» se entabla una conversación sobre el gusto del bombón rojo, del gusto del bombón verde, incluso se puede hacer el dibujo de un bombón y el niño habrá olvidado

completamente que quería comer uno. ¡Qué buena conversación sobre los bombones!

Hablar de los deseos, representarlos, partir de los deseos para entrar en comunicación con los demás, por medio de la palabra y no por medio del cuerpo a cuerpo, he ahí lo que hace la cultura, la literatura, la escultura, la música, la pintura, el dibujo, la danza: he ahí lo que hace fabricar lo que no se ha conseguido, representar el deseo inventando, creando. Cuando el niño quiere tener un juguete que no posee, inventa lo que sea para reemplazarlo. Si se le da el juguete, lo rompe rápidamente, no puede inventar nada más y es necesario comprarle otro.

● No satisfacer no es negar

No satisfacer los deseos, sin embargo, no quiere decir negarlos. Delante de los escaparates de juguetes, por ejemplo, un niño se detiene y grita: «¡Yo quiero ese camión!». Muchos padres, en este caso, tratan de arrastrar al niño rápidamente lejos del escaparate, diciendo: «No te lo podemos comprar». No quieren que el niño se deje tentar, olvidando que eso es vivir, poner o colocar palabras sobre lo que nos tienta:

—¿Te gusta de verdad ese camión?

—Oh, sí.

—¿Qué es lo que más te gusta de él?

—Las ruedas rojas.

—¿Crees que anda bien porque tenga las ruedas rojas? Lo más importante de un camión es que corra. Vamos a entrar en la tienda y lo vas a tocar, vas a mirarlo; pero hoy yo no tengo dinero para comprarlo.

—¡Lo quiero, lo quiero, lo quiero!

—No tengo dinero, lo siento.

Cuando el niño ve que la madre está decidida, se detiene. Queda satisfecho de haberse comunicado con ella sobre sus deseos de tener el camión. Y la no-satisfacción inmediata no le impide esperar:

—«Un día, sí. En Navidad, tal vez, o en tu cumpleaños».

—Pero, para mi cumpleaños falta mucho tiempo.

—Vamos a ver el calendario.

—Veamos... el santo de la abuela, Navidad... Al llegar aquí, ya el niño ha olvidado que falta mucho tiempo para disfrutar del camión.

● Justificar los deseos del niño

Muchos padres desvalorizan los deseos de sus hijos, cuando lo que hay que hacer es justificarlos siempre: «Eso no es fácil obtenerlo, pero tú tienes razón al desearlo». Los niños también tienen deseos contradictorios, ambivalentes: «Tú quieres y no quieres al mismo tiempo. Eres como dos personas, una que quiere y otra que no quiere. Los adultos también son así». Y el niño comprenderá muy bien que un deseo contradictorio tiene justificación.

Para los adolescentes, también es buena esta actitud de justificación del deseo. Por ejemplo, muchos jóvenes arden en deseos de poseer una moto, lo que angustia a sus padres, que plantean entonces problemas de dinero. Mejor es que digan:

«Tengo mucho miedo de que tengas un accidente, no quiero pagarte la moto. Sin embargo, estás en edad de tenerla; la ley está de tu parte. Arréglate para conseguir dinero de una manera lícita, y yo no tendré derecho a oponerme».

Al actuar así, se le concede al niño o al adolescente autonomía para satisfacer sus deseos, pero tan sólo se le ayuda a satisfacer sus necesidades. Se justifican sus deseos y al mismo tiempo se zafa uno de cumplirlos, al menos por diversas razones de tipo material, o simplemente porque a uno no le agrada. Los padres tienen derecho a cumplir sus deseos propios y el deber de expresarlos. Padres y educadores tienen también obligación continua de satisfacer sus deseos sobre el niño. Se le podría definir como el deseo de que el niño se convierta en una persona buena y, con vistas a ese objetivo, se le libera de los obstáculos que le impiden construir su vida.

● Los besos de la niñera tienen un fin

Dentro de este proyecto, la satisfacción de los deseos «cuerpo a cuerpo» deben excluirse, al menos por parte de los educadores. Cuando se educa a los niños hay que excluir el contacto; si alguno de estos pequeños no puede remediarlo y abraza o besa a su profesor, éste debe responder: «Sí, yo te quiero mucho», pero sin responder al abrazo.

La reserva de las satisfacciones del «cuerpo a cuerpo» es muy importante. Todo se debe decir, todo debe manifestarse, pero a través de la palabra, para que sea educable. El resto es una debilidad momentánea. Si un niño nos besa, se le corresponde con otro beso, diciéndole: ¡Cuánto nos queremos, ¿verdad?» sin pasar de ahí. No se debe continuar con los cariños, porque entonces se producirá en el niño una regresión. Si el niño advierte debilidad respecto a él sabrá muy bien cómo insistir para conseguir sus caprichos, hacerse preferir, tener siempre excusas para no hacer lo que debe hacer, que consiste en esforzarse por el propio desarrollo, por su autodeterminación y por tomar él mismo sus iniciativas. Al niño hay que ayudarle por medio de la palabra, no tratando de producirle placer ni autocomplacencia.

A veces, uno cree que está satisfaciendo las necesidades del niño, pero de hecho lo que estamos haciendo es satisfacer con esa ocasión los propios deseos sobre él. Esto sucede frecuentemente con la madre y la niñera. El niño no debe satisfacer los deseos de la madre. Los niños a veces no quieren comer y ella insiste demasiado en que lo haga. Los niños tienen razón. Su madre tiene a un hombre en su vida para satisfacer sus deseos, y el niño no debe desempeñar ese rol.

● Comer por cuenta propia

Si el niño no quiere comer, hay que felicitarlo. Eso, al menos, en principio. Si el niño tuviese necesidad de comer, lo

haría; por eso es mejor que no coma de un modo forzado. En este caso habría que decirle: «Si no tienes apetito, haces bien en no comer; ya comerás cuando tengas hambre. Las mamás no siempre saben cuando los niños tienen hambre».

A las madres se les oye decir con frecuencia: ¿Ha comido bien el niño? Comer mucho, desde luego que sí se puede; pero «bien», ¿qué quiere decir? Se ha comido y punto. Se come según el hambre que se tiene, ni bien ni mal.

A todos nosotros nos pasa un poco eso: cuando hemos preparado un plato especial, nos sentimos humillados si la persona amada no lo come o no hace todos los cumplimientos que esperábamos. A lo mejor esa persona no tenía bien el estómago ese día, y no es cosa de hacerse daño para complacer a quien sea. Un adulto, de todas formas, puede decir esto, o inventar cualquier artimaña para no disfastar a la cocinera, pero el niño que obra así provoca grandes problemas. Lo ideal sería que los pequeños comiesen solos siempre que les sea posible, y que los padres les eduquen de tal manera que ellos mismos coman por su propia mano, en la cantidad necesaria para satisfacer sus necesidades: «Si tienes hambre, tu propia mano te dará de comer, no la mía», podría decir la madre. Muchos niños no tienen hambre porque no quieren satisfacer el deseo de su madre. Es un asunto y un derecho que les pertenece.

● Danzar: creación y lenguaje

Los padres muchas veces se esfuerzan por darle a sus hijos lo que ellos no pudieron conseguir en la vida. La música y la danza, por ejemplo. A veces puede suceder que los niños tengan cualidades para ello, pero en otras ocasiones no sucede así. Hay que evitar a toda costa, en estos casos, empujar a los pequeños a hacer cosas que no saben hacer o les desagradan.

Un niño no baila por satisfacer a su madre, sino que lo hace porque le gusta, porque le gusta a sus compañeros o a sus profesores, porque se siente hecho para eso. A partir de esa capacidad inicial, el niño se orienta ya en esa dirección, aprendiendo a servirse de ese lenguaje en el que le han iniciado.

La danza, como todas las artes, es creadora de belleza para los demás. Trabajar para conseguirlo es lo propio del ser humano: la creación para la socialización, y para el placer de los otros. También para su propio placer, qué duda cabe, pero un placer que es una búsqueda de lenguaje.

La danza es un deseo cuando el niño ve que le resulta posible, aunque le pase luego que es inalcanzable del todo. Fomentar y ayudar a esos «deseos inalcanzables» es la forma de caminar hacia el desarrollo más grande de las propias cualidades siempre insatisfechas.

Françoise Dolto; Extracto de L'ecole des Parents n.º 4-1985)

ACTIVIDADES (Escuelas de padres)

03. CASOS



1.—¿Se entiende bien la diferencia entre «necesidad» y «deseo»? La «necesidad» es una repetición: se come hoy, mañana, pasado; se respira ahora, antes, después. El «deseo», en cambio, según Françoise Dolto, es un incentivo hacia algo nuevo, que no se tenía antes. Y eso es lo que hay que desarrollar, no cumplirlo inmediatamente, para «quitárnoslo de encima». Según esto, haced una lista de necesidades y deseos del mismo grupo, aquí-ahora: ¡cuanto más realista, mejor!

2.—Pasad luego al mundo de los «deseos» de los hijos. Y que cada uno trate de explicar pequeños casos y anécdotas de cómo se le satisfacen a los niños sus deseos, cuál es su reacción, qué podría hacerse.

3.—Representad luego un caso real, haciendo los diversos papeles que entran en una familia y que juegan a cumplir o no cumplir los «deseos» de los niños: la madre, el padre, tíos, abuelos, amigos, etc. Cada uno en su papel. Escenificación.

4.—Finalmente, para obtener más datos, haced una encuesta de tres preguntas a los niños de una sección del colegio:

—Dinos tus «tres deseos» mejores que desearías aue te otorgaran tus padres.

—¿Qué te imaginas que van a decir tus padres si se enteran de cuáles son tus «3 deseos»? ¿Te los conceden? ¿Esperan? ¿Qué suelen hacer?

—¿Cuál es tu reacción cuando tus padres te conceden tus deseos? Cuenta algún caso concreto de un «deseo» importante que te concedieron. Y otro caso en el que no te lo concedieron.

5.—Los grupos de Escuela de Padres poned en común esas respuestas.

6.—¿Qué opináis, finalmente, de la opinión «Necesidades, sí; Deseos, un poco menos».